

## Cultura a la contra

## El retorno de los brujos

*Detrás de cada pensamiento consciente acechan monstruos: seres de origen oscuro y cualidades imprecisas, que acechan cualquier oportunidad para manifestarse. Fuerzas extrañas, buenas o malas, dispuestas a asomar la oreja en cuanto los censores oficiales —el famoso "superego", del que tanto nos hablan los freudianos (todavía quedan), pero también los censores de carne y hueso, de horca y cuchillo— se descuidan. El pensamiento mágico está ahí, el mundo del misterio se hace medio visible, siempre velado púdicamente en sus partes más íntimas por el velo de Isis.*

*Dicen que vivimos una crisis de la religión, y no hay nada más falso: la que está en crisis —y tampoco mucho— es la religión oficial, la de Roma. Y es que veinte siglos de catolicismo, de sujeción a un solo yugo de irracionalismo, son demasiado. La gente busca cambios, sigue modas, en esto de la religión como en todo. Y empiezan a proliferar sectas, cultos, paraciencias y pseudomisticismos. O misticismos de verdad, que es lo mismo, sólo que un poco más tonto: hay agnósticos, sufis, rosacruces, adoradores de Satán, neopaganos vestidos con túnicas blancas que cada amanecer arrojan rosas rojas en cierta fuente del Parque del Oeste... Sin contar con los astrólogos, echadores de cartas, lectores de manos y otros augures; ni con los adoradores de platillos volantes, que buscan su salvación en las inmensas operas que surcan el cielo viniendo de Ganimedes más o menos.*

*Lo malo de los brujos es que todos quieren salvarnos. Lo malo de los que creen en brujos es que todos quieren salvarse. Deseo muy comprensible, desde luego, si nos ponemos a considerar lo mal que está el mundo. Lo malo es que siguen un camino equivocado, son como yanquis de la salvación. Son uno de los vestigios del jipismo que no muere; cambian de casa obligatoriamente cuando Saturno está en oposición con Marte, por ejemplo, y se van de viaje porque se lo aconseja su guru. Siguen miles de reglas y de fórmulas, y obedecen a más mandamientos que los de la Santa Madre Iglesia. Para eso, podrían haberse quedado en su seno materno. Cunde más ser del Opus que ser masón, aunque yo no pueda evitar el tener una cierta simpatía por estos últimos. Los masones sí que no son brujos: viejos liberales, servidores de un culto laico, guardianes de un misterio sin misterios, han sido perseguidos y asesinados en este país por el simple hecho de ser diferentes, de reunirse en sus logias y de jugar a la religión como niños grandes, sin creérselo demasiado. Pero la Inquisición franquista necesitaba víctimas para sus peculiares holocaustos, y aquí ya no había judíos, porque los había matado siglos antes la Inquisición fetén. No, los masones no son brujos.*

*No es mi papel aconsejar o desaconsejar nada, pero no puedo dejar de preocuparme ante ese retorno de los brujos que ya anunciaron hace años Pawels y Bergler en ese compendio de banalidades aliñadas con salsa reaccionaria que llevaba el mismo título que mi columna de hoy. Francamente, seguir en serio por el camino de la magia me parece un error. La magia no ha funcionado nunca, es una técnica que no sirve, desde luego. Y si ahora algunos empezamos a cuestionarnos la técnica que sí parece funcionar, y la ciencia, el aparato teórico que la sustenta, no sé por qué vamos a meternos en cosas todavía más antiguas, más inútiles. Me parece bien como literatura, como broma. Pero, por favor, no nos tomemos en serio. Y, sobre todo, no olvidemos que detrás del mago o del sacerdote está siempre el gobernante. ■ EDUARDO HARO IBARS.*

las buenas (o por las malas). Aca-so la ciudad de Segovia —tan amorosamente estudiada en un libro ejemplar de Martínez Pison (1)— haya sufrido menos que su provincia. Pero no se ha librado de actos vandálicos. El último, a juicio de entidades ciudadanas y ecologistas, la tala de casi un centenar de árboles del siglo XVII. Cien árboles con tres siglos son treinta mil años de vida vegetal. Casi una eternidad.

■ V. M. R.

realizado por una mujer. Es curiosa esa fascinación, digo, porque el cine de Marguerite Duras es un anticine. Y no ya porque prescindiera de las narrativas tradicionales (lo que en cualquier caso sería un respiro por la posibilidad de devolver a la imagen una fuerza expresiva que en cierto modo los moldes narrativos han destrozado), sino por que la Duras prescindiera realmente de la imagen. "India song" es un texto literario ilustrado a contrapelo



"India song", de Marguerite Duras.

(1) "Segovia: evolución de un paisaje urbano", Eduardo Martínez Pison, publicaciones del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. Ver TRIUNFO, número 739: "Razón histórica de una ciudad".

CINE

## "India song"

Es curiosa la fascinación que produce Marguerite Duras a tantos aficionados al cine —fundamentalmente franceses, claro está—, dado el inevitable chauvinismo que padecen, fundamentalmente feministas también por su continua apropiación de lo

por unas secuencias más o menos inmóviles y sobre todo repetitivas, morosas y generalmente huecas. Es curioso que se diga que "India song" es ya la mejor obra de Marguerite Duras cuando creo que no llega a la altura de una obra cinematográfica, sino, en cualquier caso, a un apunte de ciertas posibilidades del cine —renunciar al propio cine— para describir un estado de ánimo o una anécdota. Lo que se hace en "India song" es contraponer la imagen al sonido de forma desarticulada, de manera que sólo en el texto que se oye pueda encontrarse la razón de la no-imagen, y es curioso que aun hoy eso parezca renovador. Entiendo que a raíz de mayo de 1968, el "nuevo cine" de Marguerite Duras impresionase a cuantos habían pensado en la po-